



SERGE LATOUCHE, *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* (2006). Icaria Antrazyt, 2008. (Traducció: Patricia Astorga)

LA PEDAGOGÍA DE LAS CATÁSTROFES Y VOLVER A LA MAGIA DEL MUNDO

El hecho que los hebreos vivieran para adorar a Dios y que nosotros vivamos para aumentar el producto nacional no depende de la naturaleza, ni de la economía, ni de la sexualidad... Son posturas imaginarias básicas, fundamentales, que dan sentido a la vida.

CORNELIUS CASTORIADIS¹

Para llevar a cabo la necesaria descolonización del imaginario y ganar la apuesta por el decrecimiento, podemos contar ampliamente con la «pedagogía de las catástrofes». Parece que esta expresión se debe a Denis de Rougemont: «Siento que llegan una serie de catástrofes organizadas con nuestro diligente, aunque inconsciente,

¹ Cornelius Castoriadis, *Une société à la dérive*.

cuidado. Si éstas son lo suficientemente grandes como para despertar al mundo, aunque no del todo para destruirlo, yo las llamaría pedagógicas, las únicas capaces de superar nuestra inercia y la invencible propensión de los cronistas a tachar de «psicosis de Apocalipsis» cualquier denuncia de un factor de peligro bien probado, pero *que algo reporta*. François Partant retomó la expresión y contaba, él también, con el sobresalto engendrado por las amenazas para salir del delirio de la sociedad productivista. Estoy todavía convencido de que la inquietante canícula de 2003 hizo mucho más que todos nuestros argumentos para convencer de la necesidad de orientarnos hacia una sociedad de decrecimiento y popularizar el tema.²

Las disfunciones ineluctables de la megamáquina (contradicciones, crisis, riesgos mayúsculos, averías), fuentes de insoportables sufrimientos, son desgracias que sólo podemos deplorar. Sin embargo, son también ocasiones para tomar conciencia, para replantear, para rechazar e incluso para sublevarse. Es cierto que no faltan

² Tal como lo atestiguan los artículos de Jean-Paul Besset «Faire Pace à l'agression climatique» (*Le Monde*, 2 de agosto de 2003) y de Corinne Lepage, «Écologie: la révolution ou la mort» (*Le Monde*, 15 de agosto de 2003), que son verdaderas llamadas al decrecimiento.

los ejemplos de catástrofes que no inducen a ningún cambio o que, peor aún, provocan repliegues que pueden llegar a reacciones de tipo «fascista». La misma canícula de 2003, que despertó la conciencia de algunos, llevó a muchos otros a equiparse con aire acondicionado, cuyo impacto, es bien sabido, es desastroso para el medio ambiente. Sin embargo, hay muchos ejemplos contrarios. Un caso entre otros: en diciembre de 1952, el smog londinense mató a 4.000 personas en cinco días, lo que provocó tal reacción que se decidió votar el *Clean Air Act* de 1956. La historia de las vacas locas es, al tiempo que un testimonio del desatino de los hombres, una importante señal que, esperemos, contribuirá a frenar el desbocamiento de esta máquina insensata y, si es posible, a destruirla.

Esta pedagogía de las catástrofes se une a la «heurística del miedo» del filósofo Hans Jonas. «Vale más, señala, prestar oídos a la profecía de la desgracia que a la de la felicidad».³ Y esto, no por un deseo masoquista de Apocalipsis, sino precisamente para conjurarlo, al ser, en todo caso, la política del avestruz una forma de optimismo

³ Hans Jonas, *Le Principe responsabilité. Une éthique pour la civilisation technologique*.

suicida. De todas maneras, no preconizamos para nada un catastrofismo imbécil, sino, como mucho, un «catastrofismo ilustrado», siguiendo la expresión de Jean-Pierre Dupuy... El verdadero problema, tal como subraya este último, es que «no acabamos de darle suficiente peso real al futuro y, especialmente, a un futuro catastrófico».⁴ «La catástrofe, vuelve a señalar, tiene de terrible que no sólo no creemos que vaya a producirse, aunque tengamos todas las razones para saber que se producirá, sino que una vez que se ha producido, aparece como parte del orden normal de las cosas. Su misma realidad la hace banal. Antes de que tuviera lugar, no era posible que se produjera; y aquí la vemos, integrada sin otra forma de proceso en el «mobiliario ontológico» del mundo, para hablar en el lenguaje de los filósofos. [...] Es esta metafísica espontánea del tiempo de las catástrofes, el mayor obstáculo a la definición de una prudencia adaptada a los tiempos actuales.»⁵ En otras palabras, concluye, lo que puede salvarnos es lo mismo que nos amenaza».⁶ Bernard Charbonneau tenía indudablemente razón: «La verdadera

⁴ Cahier de l'IUED, junio de 2003, p. 161. Véase también Jean-Pierre Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé*.

⁵ Jean-Pierre Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé*.

⁶ *Ibíd.*

catástrofe es el desarrollo. No hay que olvidar que continúa. Más... siempre más.»⁷

Y eso que, si tenemos en cuenta los «datos objetivos», como se dice, esto podría ser peor. El mundo tendría que estar, ahora mismo, a sangre y fuego. Si no va peor, señala Patrick Viveret, es que, frente a la mecánica mortífera de la megamáquina, existe la reacción subterránea de Eros contra Tanatos.⁸ Los «cooperadores lúdicos» y los «creativos culturales» que somos, contrarrestamos, incluso sin darnos cuenta, la acción catastrófica de los «guerreros puritanos» y de los «precarizadores».⁹ La resistencia y la disidencia, las estrategias de «aflojar las riendas», van en el sentido de las fuerzas de la vida. La fe en el futuro inquietante en el cual tendremos que vivir tal vez constituya, pese a todo, una forma de espiritualidad.

Es cierto que la construcción de una sociedad de decrecimiento no se realizará sin una cierta dosis de nueva ilusión por el mundo»¹⁰ ¿Tenemos que volver a desear un

⁷ Bernard Charbonneau, *Le Feu vert. Autocritique du mouvement écologique.*

⁸ Patrick Viveret, *Pourquoi ça va pas plus mal?*

⁹ Mahjid Rahnema, *Quand la misère chasse la pauvreté.*

¹⁰ Véase Jean-Claude Besson Girard, *Descrescendo cantabile. Petit Manuel pour une décroissance harmonique.*

retorno de los dioses? «Lo que realmente necesitamos es un movimiento por un ateísmo económico, un mar de fondo de no creyentes»,¹¹ escribe Derek Rasmussen, militante canadiense por la paz y defensor de los inuit. Lo que se propone es exactamente provocar el movimiento por el decrecimiento. Constatamos que se trata, hablando rigurosamente, de un «a-crecimiento», es decir de un ateísmo económico. La labor de descolonización del imaginario que permita alcanzar ese objetivo ¿implica una u otra forma de espiritualidad? Es posible. Muchos se inclinan por ello. Aunque sería necesario ponerse de acuerdo sobre lo que hay detrás de esa etiqueta, que puede ofender fácilmente a los laicos y los ateos, entre los cuales me encuentro. Algunos días antes de su asesinato, el poeta y director de cine, Pier Paolo Pasolini conjuraba a la iglesia católica a ser «la guía admirable y no autoritaria de todos los que rechazan el nuevo poder consumista, que es totalmente antirreligioso, totalitario, violento, falsamente tolerante, incluso más represivo que nunca, corruptor y degradante».¹²

¹¹ Derek Rasmussen, «Valeurs monétisées et valeurs non monétisables».

¹² Pier Paolo Pasolini, «I dilemmi di un Papa oggi», *Corriere Della Sera*, 22 de septiembre de 1974, retomado en *Scritti corsari*. Véase también Cecconi

Existe, indudablemente, lo que se podría llamar una «teología del decrecimiento». Especialista del desarrollo y de la problemática de la diversidad cultural, a menudo he sido comparado con «curas» y ex curas católicos o protestantes, teólogos o pastores de la iglesia reformada, como Jacques Ellul y Gilbert Rist, Arnaud Berthoud, ex padres blancos como Michael Singleton, predicadores más o menos insumisos como Ivan Illich, Robert Vachon, Alex Zanotelli, Marc Luycks, Raimon Panikkar y varios otros. Al haber sido presentado como un «pagano con fe»,¹³ tal vez, después de todo, estoy predispuesto a transmitir a los *míos*, de forma profana, mensajes producidos en otras capillas... La vía del «pluriversalismo» trazada por Panikkar, por ejemplo, es la única, a mis ojos, que ofrece una esperanza para evitar la caída en la barbarie, incluso el suicidio de la humanidad; la de un nuevo arte de consumo, preconizada por Berthoud, abre un retorno a la alegría de vivir. La relectura del Evangelio por Alex Zanotelli establece la no violencia activa como forma de «resistencia de una

Andrea, *Prima e oltre di vangelo. Ernesto Balducci e Pier Paolo Pasolini*.

¹³ «Serge Latouche, un pagano con la FEDE», *Qualevita*, n. 79, junio de 1997.

parte de la sociedad civil organizada contra el imperio del dinero». ¹⁴

¿Hay que sorprenderse de esas connivencias entre nuevas «herejías» milenaristas y utopías sociales laicas, o sentirse impactados por ellas? Si, con el sociólogo francés Émile Durkheim, definimos la religión, de manera laica y amplia, como el conjunto de creencias compartidas que unen a una determinada colectividad, es poco dudoso que la economía, en el mundo contemporáneo, encaje bien en la casilla de las creencias o «religiones» anteriores: incluso las sustituye y constituye una nueva «catolicidad» («católico» en el sentido de «universal»). Esta sustitución puede explicarse principalmente por dos circunstancias: la existencia de un culto casi universal y transhistórico por el valor representado (oro, plata, bienes preciosos... la «Diosa pasta», tal como dice Zanutelli); ¹⁵ el advenimiento, con el surgimiento de la modernidad, de una nueva *fe* en el progreso y sus corolarios (la técnica, la ciencia, el crecimiento). Es la articulación de ambos fenómenos lo que permite realmente hablar de una religión de la economía.

¹⁴ Alex Zanutelli, *Avec ceux qui n'ont rien*.

¹⁵ *Ibid.*

La sociedad moderna, que tenía que autoinstituirse sin recurrir a una garantía metasocial, y romper así con la heterominia tradicional, que tenía que desembocar en una verdadera democracia autónoma de hombres libres, se inventa las peores restricciones y las proyecta en una inverosímil «naturaleza de las cosas»: la mano invisible del mercado y la ley del progreso. Esta paradoja es, claro está, inherente al propio siglo de las Luces. Éste pretendía desmitificar a los ídolos, y, efectivamente, destruyó la tradición, los antiguos prejuicios y los antiguos dioses, en nombre de nuevas divinidades aun más poderosas y tiránicas: la Racionalidad, el Progreso, la Ciencia, la Técnica, el Desarrollo económico. A esos ídolos, objetos de culto, de devoción y de sacralización inauditos, se les ofrece en sacrificio una serie innumerable de víctimas.

Únicamente si la fe en el progreso y la economía no es ya una opción de la conciencia sino una droga a la que estamos todos acostumbrados y a la cual es imposible renunciar voluntariamente; si el progresismo y el economicismo están de esta manera incorporados a nuestro consumo cotidiano hasta el punto de que los respiramos con el aire contaminado del tiempo actual, los

bebemos con el agua contaminada de pesticidas, los comemos con la comida basura, nos vestimos con ellos a través de la ropa fabricada en los presidios del sudeste asiático; si, finalmente, éstos nos transportan en nuestros sacrosantos coches con aires acondicionados de cambio climático, el relativo «volver a ilusionarse» por el mundo engendrado por la ciencia, el progreso y el desarrollo se encuentra actualmente de capa caída. «El tranvía funciona, ciertas causas provocan ciertos efectos, pero ya no sabemos cuál es nuestro deber, por qué vivimos, por qué morimos». Ésta es la razón, más que nunca, por la que nos sentimos desencantados del mundo, tal como lo analizó tan bien Max Weber.¹⁶

Sin embargo, si «lo sagrado es el simulacro instituido del Abismo», siguiendo la fórmula de Castoriadis, los poetas, los pintores, los estetas de toda clase, en resumen, los especialistas de lo inútil, de lo gratuito, del sueño, de las partes sacrificadas de nosotros mismos, tendrían que bastar para la labor de volvernos a ilusionar. «Los más grandes escritores y artistas, señala Jean-Paul Besset, han indagado en la dirección de esta otra vida que, para los

¹⁶ Véase Christian Laval, *L'Ambition sociologique*.

románticos y surrealistas, se encuentra en la propia vida.»¹⁷ ¿Es realmente necesario acudir en la actualidad a teólogos, a ayatolás, incluso a grandes predicadoras ecofeministas de cultos neopaganos sincréticos o a gurús *new age* que surgen por todos lados para amueblar el vacío que deja en nuestras almas esta sociedad a la deriva?¹⁸

¹⁷ Jean Paul Besset, *Comment ne plus être progressiste... sans devenir réactionnaire*.

¹⁸ Véase Vittorio Lanternari, *Ecoantropologia. Dall'ingerenza ecologica alla svolta etico-culturale*.